

# LA VOZ DE LA CARIDAD



N.º 189.—15 de Enero de 1878.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epist. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES A...

*Una suscritora.*—D.<sup>a</sup> J. P.—La capa en muy buen uso que V. ha enviado, está siendo el bienestar de un pobre tísico que se moría de frío en su miserable boardilla, y ahora la bendice á V. por el gran beneficio que con su donativo le ha hecho.

---

JOSÉ UMBERT.

---

¿Quién es José Umbert? ¿Es algún artista eminente, algún poeta inspirado, algún filósofo profundo, algún erudito sábio, algún estadista distinguido? No. ¿Es ilustre por su nacimiento, ó se ha hecho notar por su riqueza? Tampoco. ¿Soldado valeroso, se ha hecho célebre en los combates? Jamás ensangrentó sus manos en pelea homicida, ni formó parte de esas muchedumbres que como máquinas de muerte manejan la ambicion, el error ó la batalla de la vida, donde tantas virtudes sucumben; ha combatido en el silencio, en la oscuridad, sin aplausos, sin testigos; ha combatido horas, días, meses, años, muchos años. Peleó sin recibir de afuera luz, impulso ni apoyo, como los que nacen para luchar, como los que viven para inmolarsé, como los que ignoran su propio heroísmo, y no aciertan á concebir que la existencia se ha recibido más que para convertirla en consuelo.

Consolar cuando hay grandes medios; cuando la riqueza, la

inteligencia, el poder, prestan apoyo al corazón que compadece, y á la mano que sostiene, es meritorio; pero consolar con los medios de que puede disponer un pobre obrero, que no tiene más que corazón para sentir y brazos para trabajar, es sublime.

De la vida de José Umbert podrían hacerse muchos cuadros, y se harían, si los pintores rebajando el arte unas veces, extrañándolo otras, no se apartaran con tanta frecuencia de los grandes asuntos para lograr pecuniarias ganancias, ó buscasen en el aparato de la grandeza exterior, el sublime que está en el alma, que se halla en el espíritu del soldado como del general, de la mujer del pueblo ó de la gran señora, del pobre obrero ó del ciudadano ilustre: es lástima que en vez de pintar la mitología, ó la historia en sus episodios más sangrientos, las costumbres en su fase menos edificante, los artistas no retraten la humanidad cuando es digna de ser inmortalizada. Hay pintores que se llaman de *género*; que se dedican á trasladar al lienzo escenas insignificantes ó demasiado significativas de la vida vulgar ó de la vida licenciosa. ¿Cuándo las buenas acciones, difíciles y de una grande belleza moral, cuándo el pintar la virtud constituirá un *género*? Acaso nunca, acaso alguna vez. Muchas, al saber ó contemplar hechos sublimes, hemos exclamado: ¡Si yo fuera pintor! Y esta exclamación la repetimos al saber algunos pormenores de la vida de José Umbert. Con ella podrían hacerse varios cuadros.

1.º Es la fábrica donde Umbert trabaja; sus compañeros se han retirado, y él descansa de la penosa faena del día. Un resplandor siniestro convierte su reposo en sobresalto, y después en angustia; hay fuego y está solo. ¿Por qué se pinta en su rostro la tristeza de su alma? ¿Qué pierde con que el establecimiento quede reducido á cenizas? En otro hallará trabajo un obrero de las circunstancias suyas. La ventaja de su pobreza es que no tiene que temer la pérdida de los bienes de fortuna, y le permite gozar de una tranquilidad, no envidiable, según algunos dicen, pero que tiene ventajas en ciertos casos. Es uno de ellos aquel en que se encuentra José; con alejarse y dar cuenta de lo que sucede, parece que ha cumplido, estando solo como está. El no lo comprende así; como si el edificio y cuanto contiene fuera propiedad suya; como si de ella dependiera su bienestar; como si las llamas amenazaran destruir su dicha, lánzase al lugar de donde salen, vé que todo depende de la rapidez, redobla su energía, se multiplica; nadie le anima, nadie le vé, y

sus fuerzas parecen superiores á las de un hombre; tantas desplega y tan bien las dirige, que domina el incendio y ataja el daño. Los que no saben los poderosos impulsos de la abnegacion, no comprenden cómo ha podido hacer tanto un hombre solo.

2.º ¿Quién es aquel que, despues de dejar el trabajo, se dirige á una pobre casa, donde, en la mayor soledad y desamparo, sufre un mísero enfermo? Pasan dias, y semanas, y meses, y siempre llega; pasan años, y no se cansa. Nunca le espera en vano el infeliz que vé en él su ángel tutelar, su único amparo. ¡Con qué afan desea su venida! ¡Con qué seguridad sabe que no faltará! En cinco años, en que la aparicion bendita no ha faltado una sola noche, en cinco largos años, en que el dolor desesperado se resigna ante una abnegacion tan sublime, el doliente aprendió á confiar, mira en aquel hombre personificada la Providencia. Ni favores le debe, ni el parentesco los une, ni otros títulos tiene que su desdicha inmensa y su completo abandono. Cuando el visitador incansable pasa, unas veces con socorros, otras ¡ay! con las manos vacías porque es pobre, siempre con el corazon lleno de compasion amorosa, los vecinos del enfermo dicen con acento en que se une el respeto á la simpatía:—Adios, José Umbert.

3.º Cosa terrible es la enfermedad para los pobres. Ved aquel que hace dos años sufre la terrible prueba. ¡Y aun si estuviera solo! Pero tiene familia, y su pobre mujer que pronto dará otro hijo, á un padre que no tiene más recurso que su trabajo y no puede trabajar. ¡Qué escena tan triste la venida al mundo de una criatura en un hogar visitado por la enfermedad y la miseria! ¡Qué mirada la de su padre al recogerlo, qué lágrima la que derrama su madre al darle el primer beso! ¡Cómo resuena en el corazon el llanto de aquel inocente cuyo nacimiento es una desgracia! José lo comprende así, acude á consolarla, corre á casa de su vecino. Le halla consternado, cree que su mujer ha muerto; no, le responde con voz abatida, no tanto, *pero tengo dos hijos más*.—Umbert vé el conflicto, pero no se desalienta: busca una nodriza, excita la pública compasion, trabaja más asiduamente, y salva aquella infeliz familia.

4.º Los que pertenecen á clases ó razas que no gozan de buena fama, son dos veces desdichados, cuando han menester recurrir á la conmiseracion de un pueblo que los desdeña ó los ódia. Por eso es tanta la aficcion de aquella gitana, sola, desconocida, pobre, menospreciada, que se retuerce en la via pú-

blica con dolores que le anuncian que va á ser madre. Vé acercarse á un hombre, quiere implorar su amparo, y vacila..... Atrévete, desventurada, no temas, es José Umbert el que llega, por dicha tuya. Él no tiene en cuenta si eres maldita, ni quiere saber si eres pecadora: vé tu desgracia, y le basta. Poco le importa que censure la dureza ó sonría la malicia: él te procura albergue y asistencia; él no vé en tí más que una criatura abandonada que va á dar á luz á una criatura inocente. Dios te deparó á este justo para que os socorriera á entrambos. Cuando, ya repuesta, le dices: ¡dios! tal vez sientes en tu corazón alguna cosa que nunca habias sentido; tal vez el recuerdo de una virtud de que no tenias idea, contribuya á apartarte del camino del vicio.

5.º Aquella pobre viuda, en la miseria y con un hijo muy enfermo, se halla en uno de los mayores conflictos que afligen al pobre, no puede pagar la casa, va á carecer de albergue. ¡Verse en la calle! El que no se ha hallado en esta situación ó vístola muy de cerca con ojos compasivos, no puede tener idea de lo que es para una infeliz no tener techo en que guarecer al hijo de sus entrañas, al hijo enfermo para quien ella desearia tanta comodidad y regalo. Congojas de desaliento y convulsiones de desesperacion agitan su alma, cuando llega José y la consuela, la busca habitacion y se la paga. Gran descanso para la desdichada saber que, al ménos, no la arrojarán de la pobre vivienda, y harta tristeza tiene con ver que su pobre hijo padece tan larga y penosa dolencia. Tiene que ir á curarse á un pueblo distante; Umbert le acompaña siempre, y cuando su debilidad no le permite andar, aunque ya no es un niño, le lleva en brazos.

6.º La caridad puede hallarse en todas partes, y se halla á veces donde ménos se piensa; pero el que la quisiera ver no es probable que fuese á buscarla á un *meson*, y haria bien: por eso es tan digno de compasion aquel caminante que entró en él para pasar una noche, y á la mañana siguiente se halla postrado por una grave enfermedad. Pobre, completamente desconocido en el pueblo donde no hay hospital, ¿qué va á ser de él? Hablando del caso, fórmase un corro en la calle; José se acerca, sabe la terrible situacion del abandonado enfermo, y corre á consolarle: le tranquiliza, le alienta, busca médico, medicinas, cuanto es necesario, y le asiste y le conforta hasta su hora postrera, que llegó, á pesar de tantos auxilios y cuidados. ¡Qué triste será para su familia, que impaciente le aguardaba, saber

que ya no volverá, que murió en una posada, de donde le llevaron al cementerio, como para alejar un objeto repugnante y peligroso, y sin ninguna de aquellas consideraciones con que el cariño y el respeto á la dignidad humana rodean los restos de un hombre! ¡Con cuánta pena sabrán que no tuvo más féretro que las angarillas, ni más compañía que los enterradores! ¿Quién no sabe que los pobres se privan de lo más indispensable para que sus parientes ó sus amigos no vayan sin caja? Los del pobre Juan Raspail no tendrían al ménos esa pena. Alguno le amortaja, cierra piadosamente sus ojos, trae un ataúd, le coloca en él, costea su funeral, le acompaña á su última morada, y le desea descanso eterno en el seno de Dios. Él premie á Umbert por tantas obras de misericordia como ejerció con este desconocido viandante.

7.º Cuando una enfermedad repugnante y contagiosa entra en una casa pobre, es difícil que no ahuyenten la humanidad y la compasion, y que la virtud y el deber no sucumban ante el temor de la muerte. Hay que arrostrarla en la oscuridad, sin el estímulo del interés ni del aplauso, y se puede evitar sin temor del vituperio. ¿Quién se ocupa de que se salven ó perezcan unos cuantos miserables que el contagio ha derribado con su soplo pestilente? Esta es la causa de que nadie abra la puerta entornada de Pedro Dahiza; por eso amigos y parientes le abandonan; por eso está desierta la entrada de aquella pobre vivienda. El proceder es duro, pero alguna disculpa tiene. Han caido los cinco individuos que componen la familia, y han caido de una enfermedad que, además de contagiosa, es repugnante: la viruela. Los que conocen esta terrible dolencia, comprenderán cómo estaria una reducida habitacion con cinco virolentos, por qué todos huian de allí, y el valor que se necesitaba para penetrar en ella. Así estaban todos aquellos desventurados; así, á través de atmósfera infecta, resonaban en vano sus voces implorando socorro; así, con la horrible sed de la fiebre ardiente, pedían por el amor de Dios un poco de agua, y nadie se la llevaba. ¿Nadie? ¡Oh! No. Alguno llega, penetra valerosamente en aquella mansion inficionada, y apaga la sed de los lábios abrasados, calma la suprema angustia de los corazones desgarrados por el abandono, y tanto hace, de tal manera se multiplica, realiza tales prodigios de actividad inteligente, que los cinco enfermos se salvan. Todos hubieran sucumbido sin la heróica abnegacion de José Umbert.

¿Con qué recursos cuenta este hombre para hacer tanto bien?

Ya lo hemos dicho; su corazón y sus brazos. Es un pobre jornalero, que sostiene á una hermana viuda, á un sobrino y á su anciana madre. ¡Madre dichosa! ¡Cuántas veces la habrán bendecido por haber dado vida á este santo! ¿Y pasará haciendo bien sin que nadie lo note? ¿No habrá ojos que vean el fuego sagrado que arde en su alma, ni corazones que tengan eco para aquella voz de puro amor infinito? ¿Su virtud será como el perfume, que no se percibe, de las flores que crecen en los muladares? ¿Implorará la pública caridad, tal vez en vano, y morirá en el hospital donde será un número como otro cualquiera? Se oprime el pecho al pensarlo.

Dichosamente, *La Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País* ha tenido noticia de esta vida, que es una serie continuada de actos sublimes, y le ha tributado un justo homenaje, concediendo á Umbert un premio extraordinario. Este premio consiste en una casa con jardín y algibe: mucho se honra la Corporación que así ha honrado la ejemplar virtud de un pobre obrero.

Hombres de caridad que vayais á Barcelona, preguntad en el ensanche por la casita de Juan Umbert, penetrad en ella con respeto, como en un templo, y si hallais al dueño, decidle que llevais las bendiciones de todas las almas generosas y compasivas, que conocen la suya: si al estrechar cordialmente entre las vuestras aquella mano que ha enjugado tantas lágrimas, derramais algunas, no os dé vergüenza; el llanto es á veces el modo de expresar las cosas que no pueden decirse con palabras.

Gijón 10 de Enero 1878.

CONCEPCION ARENAL.

---

### UN BUEN PROGRAMA Y UN MAL EJEMPLO.

---

Al querer celebrar con oficiales festejos un acontecimiento cualquiera, es frecuente hacerlo con más prisa que buen sentido. Diversiones bárbaras como los toros; despilfarros que contrastan con el vacío de las arcas públicas; lujo que parece tan mal al lado de la miseria; bullicio producido no pocas veces por el desorden, y que turba el silencio de muchas tristezas, tales suelen ser en resúmen las fiestas que preparan las corporaciones populares, y á que en algunos casos contribuye el Estado. Si se

destina alguna cantidad á obras benéficas, suele ser tan corta, y estar distribuida con tan poca prudencia, que semejante recuerdo de los desdichados, no vale mucho más que el olvido. Quítanse las banderolas, desármense los arcos, apáganse las luces, ciérranse las puertas de los teatros y circos, acábanse en fin las fiestas, y de todo aquel ruido tan caro no queda más que aumento en el *déficit* de la corporacion que le ha mandado hacer, si acaso no hay que añadir el desengaño de los que creían divertirse más, el disgusto en los que no se han divertido nada, la censura de los que no teniendo gana de broma, la pagan, y de vez en cuando algun ejemplo poco recomendable de pescadores de varias clases y categorías que aprovechan el rio revuelto.

Como hemos visto solemnizar así diversos acontecimientos, y deplorádolo siempre, nos ha causado gran sorpresa y no menor complacencia, leer en un periódico el siguiente párrafo:

«Para solemnizar el casamiento de S. M., se han propuesto á la aprobacion de la diputacion de Barcelona los siguientes acuerdos: Fundar un Asilo para los hijos de la provincia inutilizados en el trabajo; costear matrícula, exámen y grados á un alumno de cada establecimiento provincial de instruccion; destinar 2.000 duros para que ocho obreros vayan y permanezcan en París 15 dias durante la Exposicion, á fin de estudiar y escribir una Memoria sobre los adelantos que vean en sus respectivos oficios; dotar con cierta cantidad á las criaturas que nazcan el dia de la boda de S. M. y se recojan en las casas de beneficencia de la provincia; conceder cuatro premios de á 2.000 reales á los que más se hayan distinguido como buenos esposos, padres, hijos ó hermanos; inaugurar la construccion de una carretera provincial y un camino vecinal en cada distrito de la provincia que carezca de medios de comunicacion, y además dar una comida á los asilados y presos, y costear 500 mantas ó prendas de abrigo á otros tantos pobres enfermos.»

Si la Diputacion provincial sanciona tan bello programa, Barcelona, que suele llamarse la segunda capital de España, merecerá el nombre de la primera en materia de festejos. En cuanto á Madrid, que en los que prepara dedica tan poco á los pobres y tanto á los toreros, se honra seguramente muy poco gastando millones para dar un mal ejemplo.

CONCEPCION ARENAL.

## PRISION PREVENTIVA.

Apenas pasa dia sin que se lea en los periódicos alguna noticia que ponga de manifiesto el lamentable estado de nuestras cárceles, y el no más satisfactorio de nuestra administracion de justicia. Aquí mueren en la cárcel donde llevan años, los que, caso de ser condenados, solamente lo serian á algunos meses de prision; allá se escapan reos de delitos graves. En tal comarca la guardia civil mata á dos presos en un camino á donde salieron para libertarlos varios hombres armados; tal otra está alarmada, y no es para menos, porque vaga por ella una banda de malhechores, de los cuales ocho, condenados á pena capital, se han escapado de las cárceles, etc., etc., etc.

A veces, á orillas del Océano, al mirar sus aguas agitadas en movimiento continuo, parece como si tuvieran vida, y ocurre extrañar que no se cansen. Al considerar el óleaje incesante de injusticias, como llegan una y otra y otra, no acabándose nunca, como las olas del mar, tambien se siente extrañeza de que no se cansen de hacerlas los que las hacen, y de sufrirlas los que la sufren. Pero no se cansan. Véase lo que á propósito de prision preventiva leemos en *La Patria*:

«Detenidos que no saben por qué lo han sido; procesos que no parece adelantar un paso en la sustanciacion; esposas conducidas á la cárcel de mujeres; quejas desatendidas; un hijo que muere sin que á su padre se le permita recoger su último aliento; intereses extraviados sin que hasta ahora hayan podido ser habidos; todos estos hechos aparecen en el escrito que para su insercion nos han remitido los detenidos en la cárcel del Saladero, y sobre todos estos hechos, graves en sumo grado y que reclaman la intervencion del Gobierno, tenemos que guardar silencio, limitándonos á llamar sobre ellos la atencion del señor ministro de Gracia y Justicia para que depure la verdad que contengan y obre en su virtud con arreglo á lo que demanden los intereses lesionados y el prestigio de la justicia ofendido.»

¿Qué diremos despues de esto? Diremos que algunas personas de buena voluntad quisieron asociarse para activar las causas pendientes de fallo.

Que hicieron un reglamento y le presentaron con una solicitud al señor Ministro de la Gobernacion para que se les per-

mitiese ir á las cárceles, con el objeto de saber de los presos el estado de sus causas y activarlas.

Que se les ha negado el permiso, y que la sociedad no puede constituirse; parece que es peligrosa.

¡Ah, excelentísimo señor!

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 20 de Diciembre de 1877.

---

## SOBRE LOS MEDIOS DE EDUCACION

DE LOS NIÑOS POBRES EN MADRID Y SU INSUFICIENCIA.

---

Entre las numerosas causas de la pobreza, ninguna hay de influencia tan decisiva como la ignorancia. Los niños de una familia indigente, por la falta de medios en sus padres para procurarles una educacion adecuada, corren el inminente peligro de que tan triste estado se perpetúe en todas sus edades, con daño suyo y de la sociedad en que viven. El alimento y el vestido con que la caridad acude al remedio de la pobreza, son servicios, no por momentáneos, ménos indispensables; pero cuando á un necesitado, niño ú hombre, se le da una enseñanza cualquiera, pónese á su alcance un socorro que ha de prestarle auxilio en todas las ocasiones de su vida. De aquí la grande importancia de la enseñanza para la disminucion de la pobreza, importancia que comprenden por natural instinto,—tratando de corregir el mal en lo posible,—las almas provistas de esa delicadeza, que hace sentir en la caridad, con suficiente energía para ponerla por obra, el mérito propio de virtud tan divina. Pero si volvemos la vista á nuestro alrededor, no podremos menos de observar que el remedio que se aplica, no guarda relacion con el mal que se experimenta.

No quiere decir esto que la cuestion se halle totalmente desatendida. Al contrario, los establecimientos filantrópicos abundan en España y en su capital, hasta el punto de que, segun una guia benéfica publicada no hace mucho, Madrid iguala y excede proporcionalmente en el número de instituciones caritativas existentes, á otros grandes centros de Europa. Descartando los asilos donde se acogen los niños huérfanos completamente desamparados, de que no tratamos ahora, y las escuelas dominicales y de adultos, prestan enseñanza á los ni-

ños pobres de uno y otro sexo las *Hijas de la Caridad*, en su noviciado, las de *Santa Isabel*, algunas comunidades de religiosas como las *Trinitarias* y *Mercenarias de Don Juan de Alarcon*, la *Asociacion de Señoras católicas*, la *de Católicos*, el *Municipio* en sus escuelas públicas, los *Padres Escolapios* y las *Escuelas normales* en sus clases prácticas y de aplicacion. Pero, aparte de los inconvenientes que algunas de estas escuelas ofrecen, muchas de ellas encomendadas á personas de quienes puede sospecharse con fundamento, que no es la verdadera vocacion, circunstancia indispensable en el sacerdocio de la enseñanza, la fuerza que las ha arrastrado á desempeñar sus cargos, no debe olvidarse que, del beneficio de estas escuelas, sólo pueden aprovecharse los niños de cierta edad. Y ¿qué recursos existen para los que no la han alcanzado todavía?

Dejemos á un lado la consideracion de los males de otro género á que se ven expuestos los niños de una madre pobre, necesitada á veces de confiar á manos extrañas ó dejar desatendido á su hijo, mientras se procura los medios de una honrosa subsistencia, y no tengamos para nada en cuenta las horrosas desgracias de que diariamente dan testimonio los periódicos, cuando perece un niño entre las llamas de imprevisto incendio, ó cuando al despertar otro y hallarse solo, busca atemorizado una salida y encaramándose á una ventana abierta se precipita á la calle desde un piso quinto. Fijémonos tan solo en lo que puramente se refiere á la educacion; y, si no olvidamos que esta empieza para el hombre desde el punto en que nace, ya que hasta de sus propios órganos necesita aprender á servirse; si tenemos presente el hecho bastante comprobado por desgracia, de que existe un cúmulo de personas, no ya afeadas, sino expuestas á nuevas miserias, por manquedades y defectos físicos, debidos á descuido ó á ignorancia de los encargados de velar por la más tierna infancia de un niño; y si consideramos, finalmente, que esta ignorancia existe, aun tratándose de madres que reúnen las suficientes condiciones de fortuna, para atender por completo á los primeros momentos de la vida de sus hijos, ¿no quedaremos hondamente penetrados de lo temibles é irremediables que estos males serán, respecto de una madre pobre, por lo general más ignorante aún?... Pero esto es poco. Supongamos que el niño ha acabado su primera y más rudimentaria educacion, por lo que toca al uso de sus órganos corporales; que se ha soltado por completo á andar, habiéndole sacado ileso de todo peligro el instinto maternal, su ángel custodio ó su bue-

na fortuna, ¿qué hará mientras cumple los cuatro ó cinco años de edad que necesita para entrar en una escuela de beneficencia y mientras aprende á balbucear las primeras palabras? Vagar por los patios y corredores de una casa de vecindad, viendo malos ejemplos, oyendo rencorosas disputas, cínicos improperios ó las escandalosas blasfemias corrientes en un pueblo que, á comprender el sentido de las palabras que profiere, antes enmudeciera gustoso que pronunciarlas.

Para procurar la educacion de los pobres de tierna edad, evitando en un período tan crítico malas impresiones, que por ser las primeras recibidas, son tambien las que más grabadas suelen quedar y las que á menudo modelan en el niño el carácter del hombre; para evitar los peligros indicados y procurar la educacion de la primera infancia, faltan esos institutos filantrópicos, esas *creches* de Francia y *asylums* de Inglaterra, inspirados ya desde principios del siglo por una señora de París y el *baron de Vogh*, de Marsella. Pues, por más que empiece á remediarse el mal en parte, con la creacion del establecimiento, hoy á cargo de la beneficencia provincial, debido al genio humanitario de *Doña María Victoria de Saboya*, reina que fué de España, este solo tiene aplicacion á las lavanderas, en verdad muy necesitadas, pero no las únicas; y los *hospitales de niños*, de reciente creacion, sólo prestan sus servicios en el estado de enfermedad. Completar la obra, no solo seria llenar una apremiante necesidad, sino que por este medio podria prestarse además un servicio de interés social, aplicando el nuevo método de enseñanza de *Froebel*, que ha de producir en la educacion de la niñez en general la provechosa revolucion que está comenzando á causar en el extranjero.

Mas con haber creado suficiente número de asilos, y aunque se aplicara en ellos el método indicado, en que se educa al niño como niño, esto es, mediante juegos infantiles, haciendo que marchen á la par la educacion intelectual y la física, hoy desatendida por pobres y ricos: con todo esto, el espíritu de la beneficencia no podria adormecerse todavía. Cuando la obra de la filantropía termina, adquiere la de la caridad más desarrollo y es por lo general su trabajo tan árduo, que no le basta allegar recursos para corregir el mal ajeno, sino que es preciso que todavía vaya á su encuentro á ofrecerle el remedio. ¿Guarda relacion, por ejemplo, el número de escuelas públicas que existen en España, con el de las personas que no saben leer? Creemos que no; y creemos que, por rico que sea un país en recursos

para el fomento de la enseñanza, es todavía necesario que las personas que acuden á auxiliar á los pobres, ó las instruidas que con ellos tengan cualquier género de comunicacion y relaciones, examinen minuciosamente en qué estado se encuentra la educacion de sus hijos; vean, si son aún tiernos niños, qué imprevisiones comete la ignorancia de la madre, así en el terreno intelectual como en el físico. Ligerísimas nociones de *Fisiología* y de *Higiene*, ciencias tan interesantes como útiles, pueden poner en estado de dar atinados consejos para lo último; para lo primero, puede inspirar suficientemente la lectura del precioso libro de Froebel, *Les causeries de la mere*. Si la edad de los niños lo consiente, es preciso hacer conocer á los padres la necesidad de que sus hijos acudan á la escuela supliendo la incuria de aquellos, venciendo á veces una tenaz resistencia nacida de que, en materia de educacion, ménos siente su necesidad quien ménos tiene; y empleando en la realizacion de tal propósito la delicadeza necesaria á fin de tratar de conocer á los padres por todos los medios, pero sin abrogarse atribuciones que á ellos corresponden, para que, de este modo se afirmen al mismo tiempo los lazos de la familia.

Después de haber conseguido que se aprovechen debidamente los beneficios que la sociedad ha puesto al alcance de los necesitados, todavía no deben abandonarse los niños. Hay que seguir paso á paso sus adelantos, y cuando se hallen en estado de elegir un oficio, tener en este acto una protectora influencia, á fin de evitar que apresuren inconvenientemente el momento adecuado, que elijan una profesion contraria á sus inclinaciones, ó á sus aptitudes físicas é intelectuales, ó de aquellas más expuestas que otras á la inmoralidad (á menos que una decidida vocacion aleje lo suficiente este peligro), procurando al adolescente una buena escuela, cosa que un padre pobre puede conseguir con dificultad, porque los buenos maestros son los que, por razon natural, oponen más obstáculos á la admision de aprendices; y procurando por último generalizar la costumbre de que se extiendan los contratos de aprendizaje para ahuyentar el peligro de los arranques de arbitrariedad en el empresario y la explotacion por él del aprendiz.

Los medios de educacion de que pueden disponer los niños de los pobres en Madrid y en España, son insuficientes. No dudamos que la necesidad de establecimientos adecuados es apremiante; mas tambien creemos que, aún en el estado actual, las consecuencias que se derivan de esa falta de medios, podrian

atenuarse en gran manera, si, dándose clara cuenta de lo grave del mal, procurase cada uno en su esfera remediarlo; teniendo presentes, para combinarlos entre sí, tanto el interés del necesitado, como el que cabe á la sociedad entera en la expedita y libre accion de todos sus miembros.

G.

---

JUAN HOWARD (1).

---

Espíritus demasiado impresionables, personas que sienten con exceso las amarguras y desengaños del tiempo presente, suelen decir que en la época moderna ha descendido el nivel moral de la humanidad, que van desapareciendo los grandes génios y grandes caracteres, gloria de las pasadas edades, y que si progresamos en la direccion del bienestar material y los conocimientos positivos, retrocedemos en la direccion de la pureza de conciencia y la sabiduría del alma. ¿Qué valen esas lamentaciones ante una severa crítica? ¿Qué quedará de ellas en la historia? Sin pretension de anticiparnos al fallo de las generaciones futuras, las cuales, mirándonos sin pasion, podrán juzgarnos con equidad, diremos que no es lícito desconocer las sublimes virtudes, los héroes bienhechores que figuran en los tiempos modernos, ora sacrificándose oscuramente por la más perfecta idea del deber, ora descendiendo á los antros de la miseria, el vicio y el crimen para iluminarlos por la moralidad y reformarlos por la justicia. Tal vez si se abarcase todo lo que se ha hecho en auxilio del pobre con los establecimientos de beneficencia, en auxilio del obrero con los establecimientos de crédito y ahorro, en auxilio del delincuente con los establecimientos penitenciarios, tal vez si se contaran todos los horrores, desgracias é injusticias que nos legaron los antiguos tiempos y que han encontrado ya reparacion, remedio ó alivio, se vería que esta época de grandes reformas y grandes reformadores, brilla no ménos por las obras morales que por las obras del entendimiento.

Verdaderamente la perfeccion moral que á veces se descubre

---

(1) Nuestros lectores verán con gusto seguramente estos apuntes biográficos publicados en el año pasado por D. Javier Galvete, referentes á un hombre ilustre y generoso, que consagró toda su vida á los mismos fines por que trabaja LA VOZ DE LA CARIDAD.

en medio de las caídas y desmayos de la humana naturaleza, es el más rico tesoro de la historia, la cosa más bella y admirable del mundo. Cuando examinamos los hechos gloriosos y los hombres ilustres, maravillanos la gran parte de males y errores que hay en todos ellos. Dejemos á un lado las glorias de la ambición y de la fuerza que iluminan, como los incendios, á costa de ruinas y desastres. Véase cómo los profundos pensadores y los grandes artistas parece que por una fatal compensación pagan la sublimidad del g nio con la extravagancia del carácter y el desarreglo de las pasiones. Esos hombres reproducen en sus obras exteriores todos los elementos, así buenos como malos, de la dramática lucha que en su interior se libra. Por el contrario: el carácter propio de la moralidad es que guardando interiormente la lucha y los dolores, solo revela al exterior con bella armonía los elementos más puros y perfectos de la naturaleza.

Esperamos que el lector encontrará demostradas estas ideas en los siguientes apuntes biográficos de Juan Howard, hermosa y simpática figura, gran bienhechor de la humanidad, con que se honran los tiempos modernos.

## I.

Nació Howard en 1726 en Clapton, cerca de Lóndres, y murió en Cherson (Rusia) en 1790. Pertenece, pues, cronológicamente, al siglo pasado, pero como iniciador de la gran reforma penitenciaria que hoy se extiende y propaga por todo el mundo, está comprendido en este período histórico que llamamos *nuestro siglo   la época contemporánea*.

Los que conozcan la magnitud de la obra emprendida por Howard, la energía de sus esfuerzos y la fecundidad de su iniciativa, se admirar n de verle durante la primera y más larga parte de su vida, hasta el año de 1773, encerrado en un papel oscuro, humilde y sin importancia   los ojos del mundo. La explicación de esto es que la idea reformista de Howard no brotó de una inteligencia privilegiada ni de un espíritu ambicioso, sino que fué fruto de un corazón purificado por la continua práctica de la virtud y de una piedad fortalecida por sufrimientos y desengaños.

Era su padre rico mercader de tapices, y procur  darle buena educación, si bien lo destinaba al comercio. Estudi , pues, si no con grande aprovechamiento,   lo m enos con bastante aplicación para quedar muy aficionado   la lectura y al saber.

Nótase que compartió sus estudios entre los conocimientos teológicos y evangélicos y las ciencias físico-naturales, particularmente las que comprende la medicina. Entró luego en una casa de comercio, y allí acabaron de formarse algunos rasgos de su carácter que debemos tomar en consideración, á saber, la exactitud, la puntualidad, el espíritu práctico, ordenado y metódico. Cuando estas cualidades, que el pueblo inglés posee en grado eminente, reciban la inspiración de los grandes sentimientos y de los grandes motivos morales, puede afirmarse que contribuirán al progreso y al bien de la humanidad más seguramente que el idealismo filosófico y el atrevimiento revolucionario. Howard, así como aprendió las ciencias naturales mirando al Evangelio, aprendió los procedimientos mercantiles mirando á las obras de caridad.

Apenas murió su padre, dejándole heredero de una crecida fortuna, abandonó el comercio, cuyo carácter utilitario y febril actividad no se acomodaban á su corazón generoso y espíritu meditativo, ni tampoco á su temperamento endeble y enfermizo. Dedicóse, pues, á la vida saludable y pacífica del campo, amenizada por repetidos viajes al continente.

Uno de los primeros rasgos que nos revelan al hombre de corazón agradecido, humilde y piadoso, es su casamiento. Había estado enfermo de mucha gravedad en casa de una viuda, llamada Sara Loidoire, que le asistió cariñosamente, y le devolvió la salud perdida. Tenía Howard á la sazón veinticinco años, y era la viuda de edad casi doble; no vaciló aquel, sin embargo, en manifestar su gratitud, tomando á Sara por esposa. Tres años estuvo casado: desde 1752 á 55. Después de la muerte de su mujer, ocurrió en la vida de Howard un dramático episodio, que es el primer antecedente de su vocación y de sus obras posteriores.

## II.

Lisboa acababa de ser destruida por el espantoso terremoto; 30.000 personas habían perecido entre los escombros. Howard quiso visitar el teatro de la catástrofe, y se embarcó para Portugal. Había por entonces entre Francia y la Gran Bretaña una guerra fecunda en rapiñas y actos crueles, ya que no en notables hechos de armas. El buque en que iba nuestro viajero fué apresado por un buque francés, y todos los que se encontraban á bordo, conducidos á Brest, y encerrados en una prisión

súcia, infecta, horrible. Tenian para dormir un poco de paja arrojada sobre el fango del suelo; estuvieron algunos dias sin comer, hasta que les arrojaron una pierna de carnero para que la despedazaran con uñas y dientes como fieras.

Howard permaneció preso y tratado de ese modo durante dos meses. Pusiéronle al cabo en libertad, y le permitieron volver á Inglaterra bajo condicion de cange por alguno de los prisioneros que tenian los ingleses, y empeñando su palabra de honor de volver á la cárcel, si no lograba ser cangeado.

De regreso en su patria, no trabajó solo para sí, en cumplimiento de lo prometido, sino que abogó tambien para lograr la libertad de todos los que quedaban prisioneros en Francia, y á favor de los marineros enfermos ó heridos. Y, en efecto, tuvo la satisfaccion de ver inmediatamente en libertad á los que habian sido sus camaradas de infortunio.

Era natural que, tras las emociones y amarguras del cautiverio, encontrase más encanto que nunca en sus antiguas costumbres, pacíficas y campestres. Entregóse, pues, á las labores del campo y á observaciones científicas muy especializadas, por mérito de las cuales fué nombrado individuo de la *Asociacion Real*. Al propio tiempo hacia limosnas á los pobres y beneficios á toda persona menesterosa.

En 1758, segundas nupcias embellecieron aquella existencia tan serena y sosegada. Era Enriqueta Leeds, con quien casó Howard, modelo de humilde sencillez y casta ternura. Al casarse vendió todas las joyas que de doncella habia usado, y puso el dinero de la venta en una *alcancia de los pobres*. Indiferente y distraida, cuando su marido la llevó á las fiestas y saraos de Lóndres, guardaba toda su atencion para los ejercicios piadosos ó las obras de caridad. Una de las más notables que por su posicion hizo Howard, fué edificar en sus posesiones muchas casitas rodeadas de pequeño huerto, cómodamente dispuestas y amuebladas, las cuales alquilaba á los labriegos por precio muy módico. Procuraba tambien trabajo á los desocupados, asistencia á los enfermos, enseñanza á los niños. Visitaba las casas de sus inquilinos, enseñándoles afablemente la limpieza, la actividad y la honradez. Tanto hicieron los dos esposos, que el pueblo de Cardington, donde moraban, llegó á distinguirse entre todos los de Inglaterra.

(Se continuará.)